

Las flechas de la reina

Mercedes Lackey

Traducción de Belén Aguilera



Una agradable brisa movía ligeramente las hojas del árbol, pero la joven que estaba sentada debajo no parecía advertirlo. Una adolescente de unos trece años que, a juzgar por su indumentaria, pertenecía a una de las serias y conservadoras familias del feudo que vivían en esa frontera de Valdemar, establecidas allí hacía escasamente dos generaciones. Iba ataviada (como cualquier joven feudataria) con unos calzones marrones lisos y una túnica larga con mangas. Lucía unos rizos castaños y rebeldes muy cortos, en un vano intento de domesticarlos para que se adaptaran a las costumbres del feudo. A cualquiera que estuviese familiarizado con los feudatarios le habría resultado chocante: la muchacha estaba leyendo al mismo tiempo que, sentada, cardaba la lana sin teñir que anteriormente había limpiado. Pocas chicas de los feudos sabían leer, y ninguna lo hacía por placer. Este era un privilegio reservado normalmente, por una antigua tradición, a los hombres y a los chicos. La instrucción no era propia de mujeres; una chica que leía —aunque a la vez estuviera

haciendo tareas de mujeres— estaba tan fuera de lugar como un arrendajo escarlata entre cuervos.

Si alguien hubiera podido leer sus pensamientos en ese momento, se habría dado cuenta de que, aparte de por estar leyendo, había otras muchas cosas por las que podía considerársela una rareza.

«Vanyel era una forma borrosa en la oscuridad junto a ella; no había luna, y tan solo la luz tenue de las estrellas penetraba por las ramas de los arbustos de cicuta que los ocultaban. Ella sabía que él se encontraba allí por el débil sonido de su respiración; aunque estaban recostados tan cerca el uno del otro, que con que solo hubiera movido su mano unos centímetros, lo habría tocado. Su formación y disciplina la mantenían inmóvil, pues, de no ser así, el temblor le habría provocado un castañeteo de dientes. La luz de las estrellas reflejada sobre la nieve era suficiente para ver; suficiente para ver el peligro mortal que amenazaba a Valdemar.

Por debajo del saliente en el que se encontraban, el ejército de los Siervos Oscuros atravesaba el angosto paso entre Dellcrag y el monte Thurlos. Eran casi tan silenciosos como los dos que lo estaban observando; tan solo el crujido de la nieve, el chasquido ocasional de una rama que se rompía, o el débil tintineo de una armadura o un arnés los delataban. A ella le asombraba la disciplina que su paso silencioso revelaba; le asombraba y atemorizaba. ¿Cómo podía la avanzadilla minúscula de la Guardia Fronteriza, que se encontraba al sur, oponer resistencia contra esos guerreros dotados de magia? Ya era

bastante malo el hecho de que fueran mucho más numerosos, cien por cada uno de ellos: pero es que además, esta vez, no eran unos simples bárbaros que venían a enfrentarse a las fuerzas de Valdemar y podían ser derrotados por su propia negativa a reconocer a uno de ellos como líder. No, aquellos guerreros seguían con voluntad de hierro a un líder, al igual que los de Valdemar, y sus filas estaban ocupadas únicamente por hombres entrenados y experimentados.

Ella se sobresaltó al sentir que la mano de Vanyel rozaba ligeramente su nuca, y, con un respingo, salió de su trance. Su compañero le tiró de la manga y ella apareció cuidadosamente por detrás del matorral, obedeciendo a su señal.

—¿Y ahora qué? —susurró cuando se encontraron a salvo en el saliente, escondidos tras la mole de un peñasco que afloraba entre los Siervos Oscuros y ellos.

—Uno de nosotros tiene que alertar al rey, mientras el otro les hace frente al otro lado del paso...

—¿Con qué ejército? —preguntó ella, temiendo que su voz sonara cortante como un sarcasmo.

—Te olvidas, hermanita, de que no necesito ningún ejército. —La inesperada bengala que surgió en la mano extendida de Vanyel iluminó una sonrisa irónica y, durante un momento, bañó su uniforme blanco con un azul sobrecogedor. Ella se estremeció; sus rasgos saturninos siempre le habían parecido ligeramente siniestros, y a la luz azul, su rostro se le antojó demoníaco. Vanyel creaba en ella una fascinación morbosa: era un hombre peligroso; no como su tierno amigo de toda la vida, el bardo Stefen. Posiblemente era el último —y algunos decían que el mejor— de los heraldos magos. Los Siervos de la

Oscuridad habían destruido a todos los demás, uno a uno. Tan solo Vanyel había sido lo suficientemente fuerte como para resistir la unión de sus poderes. Ella, que tenía algo de magia en su alma, casi podía sentir su fuerza incluso cuando no la estaba ejerciendo.

—Entre nosotros, mi Compañero y yo, podemos enfrentarnos a miles de sus maestros brujos —dijo con arrogancia—. Además... Al final del paso no hay espacio para que marchen en fila de más de tres. Allí podremos cogerlos fácilmente. Y quiero que Stefen salga de esta; Yfandes no podría cargar con nosotros dos, pero tú eres lo bastante liviana como para que *Evalie* os lleve a los dos con facilidad.

Ella inclinó la cabeza rindiéndose ante su razonamiento.

—No sé si me gusta...

—Lo sé, hermanita... Pero tú tienes tu magia, y *Evalie* es veloz. Cuanto antes te vayas, antes volverás con refuerzos.

—Vanyel... —Le tocó la mano, cubierta con un mitón de piel—. Ten... ten cuidado. —De repente sintió más miedo por él que por ella misma. Le había parecido tan agorero cuando el rey les puso esta misión en sus manos... como un hombre que hubiese visto su propia muerte.

—Tendré tanto cuidado como me sea posible, hermanita. Te lo juro, no correré ningún riesgo que pueda evitar.

Un segundo después, ella ya estaba sentada en la silla de montar, con *Evalie* galopando debajo de sí como una ráfaga de viento con forma de caballo. Por detrás sentía al bardo Stefen, agarrado a su cintura. Experimentó un instante de compasión... Para él, *Evalie* era extraña y él no podía moverse a su ritmo, tan solo agarrarse con torpeza; mientras que ella se

sentía casi una con la Compañera, tocada con una magia que solamente otro heraldo podía compartir.

Su velocidad era peligrosa, vertiginosa. Las ramas de los árboles esqueléticos los apuntaban con ansia, y trataban de alcanzarlos cuando pasaban por delante para arrancarlos del lomo de *Evalie*. La Compañera siempre los esquivaba, retorciéndose y alejándose de las ramas como si fueran las garras de un hurón.

—Los Siervos Oscuros—le gritó Stefen al oído—. Deben de saber que alguien ha ido a pedir ayuda. ¡Están dando vida a los árboles para que nos persigan!

Mientras *Evalie* galopaba, ella se fue dando cuenta de que les habían tendido otra trampa. Stefen tenía razón: en realidad, los árboles se estaban moviendo por su propia voluntad, y no por el viento. Se extendían con voracidad e ira, y ella sentía el aliento cálido de la magia oscura por detrás de su cuello como el aliento fétido de un carroñero. *Evalie* tenía los ojos desorbitados por algo más que el miedo; entonces supo que la Compañera también estaba sintiendo el poder oscuro.

Alentaba a *Evalie*; la Compañera respondía con velocidad renovada, el sudor le brotaba de su cuello y los costados y se le helaba casi al instante. Los árboles parecieron agitarse con ira y frustración cuando burlaron al último de ellos, se alejaron y salieron al camino.

El camino que se dirigía a la capital se extendía y abría ante ellos, y *Evalie* saltó por encima de un gigante del bosque caído, ganando terreno con un relincho de triunfo...».

Talia parpadeó y despertó bruscamente del hechizo que el libro había lanzado sobre ella. Había estado perdida en el ensueño que su historia le había provocado, pero en ese momento, las imágenes se perdían en el recuerdo. A lo lejos, alguien estaba gritando su nombre. Levantó la vista rápidamente con una sacudida de cabeza que hizo que la rebelde cabellera se le apartara de los ojos. Cerca de la puerta de la casa familiar pudo distinguir la figura angulosa de la primera esposa Keldar, vestida de oscuro y rígida, como una vara de hierro apoyada contra el edificio. Tenía los puños apoyados en las caderas; su porte severo indicaba que estaba esperando con impaciencia una respuesta de Talia.

Talia suspiró con pesar, levantó su lana y los cepillos de alambre, cerró el volumen gastado y encuadernado en tela, y cubrió las rocas que había utilizado para sujetar las páginas mientras trabajaba. Aunque había marcado con cuidado el lugar, sabía que incluso sin el pedacito de cinta que había utilizado no tendría ningún problema en volver a encontrarlo. Keldar no había podido elegir un momento peor; el heraldo Vanyel estaba solo, rodeado por los Siervos de la Oscuridad, y nadie sabía el peligro que corría, salvo su Compañero y el bardo, Stefen. Conociendo a Keldar, pasarían horas antes de que pudiera volver a la historia; puede que incluso tuviera que esperar hasta el día siguiente. Keldar era una experta en encontrar la manera de mantener a Talia alejada incluso de la poca lectura que se le permitía.

Sin embargo, Keldar era la primera esposa; su voz gobernaba la alquería, había que obedecerla o sufrir un castigo por desobediencia. Talia contestó a su llamada tan sumisamente como pudo.

Guardó el libro con cuidado en la cesta con tapa que contenía la lana (la cardada y la que estaba sin cardar) y el huso. El vendedor ambulante que se lo había dado la semana anterior le había asegurado repetidas veces que para él no tenía ningún valor, pero para ella era tan valioso como los otros tres libros que poseía y, por encima de todo, era el único que no había leído antes. Esa tarde, durante una hora, se había visto transportada a otro mundo de heraldos y Compañeros, cargado de magia y de aventura. Volver a su mundo cotidiano de tareas y a la cara agria de Keldar fue una gran decepción. Trató de dominar su expresión, con la esperanza de no revelar su descontento, y subió sin entusiasmo el camino que conducía a la alquería, con el cesto en una mano.

Pero, a juzgar por la dura expresión de la primera esposa, tenía la sensación agobiante de que todos sus esfuerzos no habían sido suficientes para engañar a Keldar.

Keldar advirtió los signos de rebelión que Talia manifestaba a pesar de sus evidentes esfuerzos por ocultarlos. Eran lo suficientemente claros para alguien con tanta experiencia como la primera esposa en el trato con pequeños; un arrastre ligero de pies, unos ojos esquivos, una imperceptible tensión en la boca... ¡Tenía trece años y seguía luchando con el yugo que los dioses habían puesto sobre sus hombros! En fin, eso cambiaría... y pronto. En poco tiempo ya no habría lugar para cuentos tontos ni tiempo que perder.

—¡Deja de fruncir el ceño, niña! —la regañó Keldar, arrugando los finos labios con desprecio—. ¡No te he llamado para darte una paliza!

No es que en el pasado no se hubiese ganado alguna que otra por su actitud. Esas palizas no habían servido de mucho y

habían provocado las débiles protestas de la madre de su marido... Pero era voluntad de los dioses que los hijos obedecieran, y si era necesario atizarlos para ponerlos en vereda, se les daba con mano dura cuando era necesario, y se rezaba para que hubieran aprendido la lección.

Era posible que ella, Keldar, no hubiera tenido suficiente mano dura. Bueno, si era el caso, esa situación también se corregiría pronto.

Observó cómo la niña iba subiendo de mala gana por el camino, levantando polvo con los pies. Keldar era muy consciente de que su actitud hacía Talia era de una dureza que rayaba con lo injusto. De todas formas, la niña acababa con su paciencia. ¿Quién se habría imaginado que una criatura tan apacible y lerda como Bessa hubiera podido engendrar una diablilla como aquella? En ocasiones, la niña era algo salvaje, indisciplinada e indomable... ¿Cómo había osado Bessa traer al mundo a una inadaptaada como aquella? ¿Y quién habría pensado que tendría el mal gusto de morir en el parto y dejar la crianza de su pequeña a las demás esposas?

Talia era tan diferente a su madre biológica que, por fuerza, a Keldar le venían a la mente las historias de los changelings. Y la niña había nacido la víspera del solsticio de verano, un momento muy propicio para enlaces arcanos; se parecía tan poco al hombre fuerte, alto y rubio que era su padre como a su rolliza, hermosa y difunta madre.

Pero no. Eso eran supersticiones y las supersticiones no tenían cabida en las vidas de los feudatarios. Lo único que pasaba era que tenía el doble de testarudez de la dosis normal.

Pero incluso el más testarudo de los árboles jóvenes podría ser tronchado; o quebrado.

Y si Keldar carecía de los instrumentos necesarios para llevarlo a cabo, entre la familia del feudo habría otros que no sufrirían de tal carencia.

—¡Venga, niña! —añadió, al ver que Talia no contestaba de inmediato—. ¿Es que voy a tener que utilizar un palo para que te des prisa?

—Sí, señora. ¡Quiero decir, no, señora! —replicó Talia con la voz más neutra que pudo utilizar. Trató de suavizar su expresión y transformarla en una más agradable para su superiora, al tiempo que alisaba la parte delantera de su túnica con una mano sudorosa y nerviosa.

¿Para qué me habrá llamado?, se preguntó con temor. Por experiencia sabía que cuando la llamaban no significaba nada bueno.

—¡Vamos, entra, entra! ¡No pensarás tenerme aquí en la puerta toda la tarde! —El rostro frío de Keldar no ofrecía pista alguna de lo que le aguardaba. Todo en ella, desde su cabello firmemente envuelto y trenzado hasta su delantal a juego, transmitía la impresión de un control total. Era todo lo que una primera esposa debía ser; y con frecuencia, lo decía. A Talia siempre la intimidaba su presencia y le hacía sentir que tenía aspecto de marimacho o que estaba desaliñada, por mucho que se hubiera preparado para el encuentro.

En su prisa por dejar atrás la figura autoritaria de la primera esposa en la puerta, Talia tropezó levemente con el dintel. La otra emitió un ruido despectivo desde el fondo de la garganta, y Talia se ruborizó. Keldar tenía algo que siempre conseguía

dejarla por la más imperfecta y la más torpe. Volvió a reunir la poca calma que le quedaba y se introdujo en el caserón. La entrada no tenía ventanas y era muy oscura; habría hecho una pausa para permitir que sus ojos se adaptasen a la falta de luz de no ser por la presencia intimidante de Keldar en sus talones. Tanteó por el desgastado suelo de madera para no tropezar de nuevo. Después, al entrar en el comedor, fue cuando pudo ver de nuevo, gracias a la luz que entraba a través de sus tres ventanas, y de repente se le secó la boca de temor: todas las esposas de su padre estaban esperando allí, reunidas alrededor de una mesa de madera toscamente labrada repleta de comida. Y todas ellas la miraban fijamente. Ocho pares de ojos azules y marrones la mantenían paralizada como si fuera un pájaro rodeado por gatos hambrientos. Ocho rostros apagados e inexpresivos se habían vuelto en su dirección.

Lo primero que hizo fue pensar en todos los fallos que había cometido en el último mes, desde el olvido de sus tareas en la cocina del día anterior hasta el desastre con aquel pequeño cuando se suponía que debía haber estado vigilando a todo aquel que entrase en el corral de las cabras. Habría unas cincuenta cosas por las que podían haberla llamado, pero ninguna de ellas era tan mala como para convocar a todas las esposas; ¡o, al menos, ella no pensaba que lo fueran!

A menos que... —empezó a sentirse culpable solo de pensar—, a menos que, de alguna manera, hubieran descubierto que había estado entrando a hurtadillas en la biblioteca de su padre para leer cuando había luna llena; es decir, cuando había luz suficiente para leer sin una vela delatora. Los libros de su padre eran en su mayor parte religiosos, pero había encontrado

una o dos historias antiguas casi tan buenas como sus cuentos y la tentación había sido demasiada para resistirse. Si lo habían descubierto...

Eso podía significar una paliza diaria durante una semana y un mes de «destierro»: encerrada en un armario por la noche y aislada durante el día, sin que se le permitiera a nadie hablar con ella o reaccionar a su presencia, salvo a Keldar, quien le indicaría sus tareas. Eso ya había pasado dos veces aquel año. Talia empezó a temblar. No estaba segura de poder soportarlo una tercera vez.

Keldar ocupó su lugar a la cabeza de la mesa, y sus siguientes palabras ahuyentaron cualquier pensamiento de la cabeza de Talia.

—Bueno, niña —dijo con el ceño fruncido—. Hoy cumples trece años.

Talia se sintió casi mareada del alivio. ¿Solo se trataba de su cumpleaños? ¿Eso era todo? Respiró hondo y se situó frente al conjunto de las nueve esposas. Ya mucho más tranquila, se colocó con las manos unidas por delante y los ojos fijos en el suelo. Examinó la cesta depositada ante sus pies, preparada para escuchar con el debido respeto la enumeración de sus responsabilidades, cada vez mayores, con la que las madres le habían obsequiado en cada uno de los cumpleaños que recordaba. Después de asegurarse de que había asimilado la sabiduría de todas ellas sobre el tema, le dejarían volver con la lana (y, cosa que a ella le importaba mucho más, con el cuento).

Pero lo que Keldar tenía que decir arrebató con el viento cada pizca de tranquilidad que Talia había recuperado.

—Sí, trece —repitió Keldar de forma significativa—. Y ya es hora de pensar en el matrimonio.

Talia palideció. Se sentía como si se le hubiera parado el corazón. *¿Matrimonio? ¡Diosa bendita, no!*

Keldar hizo caso omiso a la reacción de Talia. Un parpadeo de sus ojos delató que la había visto, pero, a pesar de ello, continuó despiadadamente con el discurso que tenía preparado.

—No estás preparada, naturalmente, pero ninguna chica de tu edad lo está. Tus ciclos han sido regulares durante más de un año, estás sana y fuerte. No hay ninguna razón por la que no puedas ser madre antes de que acabe el año. Es el momento oportuno para que entres a formar parte de una casa como una esposa. Tu respetable padre te ha dotado con tres campos enteros, que es una dote bastante digna.

Su expresión, ligeramente agria, parecía indicar que sentía que la dote de Talia era excesiva. Mantuvo sus manos estiradas y agarradas al borde de la mesa por delante de sí, mientras las otras esposas murmuraban de manera apreciativa por la generosidad de su marido.

—Varios señores le han hecho ya alguna propuesta para ti, bien como primera esposa para uno de sus hijos o como segunda para ellos mismos. A pesar de tus costumbres poco femeninas, la lectura y la escritura, nosotras te hemos formado bien. Sabes cocinar y limpiar, coser, tejer e hilar, y eres responsable con los más pequeños. Todavía no estás preparada para dirigir una casa, pero no tendrás que hacerlo hasta dentro de varios años. Aunque se te encomiende a un joven para que seas su primera esposa, vivirás en la casa del padre de tu marido. Estás preparada para cumplir con tu deber.

Aparentemente, Keldar había dicho todo lo que tenía que decir, así que permaneció allí sentada, con las manos recogidas

por debajo del delantal, y la espalda completamente rígida. La segunda esposa, Isrel, esperó a que asintiera con la cabeza para retomar el hilo de la exposición sobre las opciones de una hija.

Isrel se dejaba dominar fácilmente por Keldar, y Talia siempre había considerado que era una especie de marioneta. La segunda miraba a Keldar con ojos de cordero degollado para conseguir la aprobación de cada cosa que decía; no iba a dejar de hacerlo en ese momento. Cada vez que decía una palabra, lanzaba una mirada a Keldar .

—Existen ventajas en ambos casos, ¿sabes?; quiero decir en ser la primera esposa o una de las segundas. Si eres la primera esposa, tu marido, con el tiempo, formará su propia alquería y su propia casa, y tú serás la primera en ellas. Pero si eres una segunda, nunca tendrás que tomar decisiones, y estarás en una casa y alquería ya consolidadas; no tendrás que apretarte el cinturón y no tendrás privaciones. No tendrás que preocuparte por nada, salvo por las tareas que te sean encomendadas y por atender a tus pequeños. Nosotras no queremos que seas infeliz, Talia. Queremos dejar a tu elección la vida que consideres más adecuada para ti. No el hombre, naturalmente. —Se rió de forma nerviosa—. Eso estaría mal visto, y por otra parte, lo más probable es que tampoco conozcas a los candidatos.

—¡Isrel! —dijo enérgicamente Keldar, e Isrel se encogió—. ¡Ese último comentario ha sido impropio e inadecuado para los oídos de una chica! Bueno, niña, ¿qué decides?

¡Diosa! Talia quería morir, convertirse en un pájaro, que la tragara la tierra; ¡cualquier cosa salvo eso! Atrapada; estaba atrapada. La casarían y acabaría como Nada, golpeada cada noche, de forma que tuviera que llevar túnicas de cuello alto

para esconder los cardenales. O moriría como su propia madre, agotada por tantos niños en tan poco tiempo. O, aunque sucediera lo imposible y su marido fuera bueno o demasiado estúpido como para ser un peligro, los libros, que eran lo único que hacía que su vida mereciera la pena, desaparecerían porque ya no habría tiempo para ellos en el círculo vicioso de embarazos y deberes conyugales.

—¡No quiero casarme de ninguna de las dos maneras!
—dejó escapar Talia sin poder evitarlo.

Los pequeños susurros y murmullos del grupo de aburridas mujeres cesaron de repente y ellas se quedaron tan inmóviles como postes, con los rostros llenos de incredulidad. Nueve expresiones idénticas de conmoción y consternación miraron fijamente a Talia desde todos los lados de la mesa. El silencio se cerró alrededor de ella como mano condenatoria.

—Talia, querida. —Una voz suave habló por detrás de ella rompiendo el terrible silencio, y Talia, aliviada, se volvió hacia a la madre de su padre, quien había estado sentada discretamente en el rincón. Era una de las pocas personas que no parecían pensar que todo lo que decía estaba mal. Sus ojos amables y azulados eran los únicos de toda la sala que no rebosaban acusaciones. La anciana, en un hábito inconsciente, se alisó una trenza de cabello del color de las nubes blancas con sus manchadas manos de anciana mientras continuaba—: Que la Madre nos perdone, pero no habíamos pensado en preguntarte. ¿Tienes vocación? ¿La Diosa te ha llamado a su servicio?

Talia había estado esperando un indulto, pero aquello era aún peor, si tal cosa era posible. Horrorizada, pensó en lo que había visto en los claustros del templo, en las mujeres que

pasaban allí sus vidas rezando por las almas de los feudatarios; las mujeres en completo silencio y tapadas de la cabeza a los pies, que tenían prohibido irse de allí, que tenían prohibido hablar, que tenían prohibido... ¡vivir!; esa visión le había espantado. Era una trampa peor que el matrimonio; el solo recuerdo de los claustros le hizo sentir como si estuviera asfixiándose.

Sacudió la cabeza frenéticamente, incapaz de hablar por culpa del nudo que se le había formado en la garganta.

Keldar se levantó de su sitio con un chirrido de la silla sobre el rugoso suelo de madera y se aproximó a grandes zancadas a la niña, que seguía aterrada, incapaz de moverse, sintiéndose un ratón entre las garras de un gato. La agarró fuertemente por los hombros, como si quisiera impedir que pudiera escapar, y la zarandeó hasta que le castañetearon los dientes.

—¿Qué pasa contigo, niña? —dijo enfadada—. No quieres un matrimonio respetable, no quieres la Paz de la Diosa, ¿qué es lo que quieres?

Lo único que quiero es que me dejen sola, pensó Talia en silenciosa desesperación, *no quiero que cambie nada*, pero su boca traicionera volvió a abrirse y dejó escapar la quimera:

—Quiero ser una mujer heraldo —se oyó decir.

Al instante, Keldar le soltó los hombros, con una mirada casi tan horrorizada como si acabara de descubrir que había estado escondiendo algo repugnante, algo que hubiera salido a gatas del muladar.

—Tú... tú... —Por primera vez Keldar, siempre dueña de sí misma, se había quedado sin palabras—. ¡Ahora puedes ver el resultado de consentir a una mocosa! —dijo, al tiempo que, a

falta de otra persona que poder utilizar como cabeza de turco, se volvía hacia la abuela—. Esto es lo que pasa cuando dejas que una niña haga cosas que no le corresponden. ¡Leer! ¡Contar! ¡Ninguna chica necesita saber más de lo que requiere etiquetar las conservas, contar las existencias o evitar que la engañen los vendedores! Te dije que sucedería esto. ¡Tu querido Andrean y tú habéis dejado que se le llene la cabeza de pájaros! —Se volvió de nuevo hacia Talia—. Bueno, niña... cuando acabe contigo...

Pero Talia ya se había ido.

Había aprovechado la distracción de la diatriba repentina de Keldar para escapar. Había salido corriendo por la puerta antes de que ninguna de las esposas se diera cuenta de que se estaba marchando. Huyó de la alquería tan rápido como le fue posible, entre sollozos histéricos, sin pensar en nada salvo en escapar de allí. Con el viento azotándole el rostro y sudando por el miedo, pasó corriendo por delante de los establos y la fortificación, y los dejó atrás; el terror le daba alas. Huyó a través de los campos con el heno rozándole la cintura y el trigo golpeándola, se adentró en el bosque y lo atravesó, siguiendo un camino flanqueado por la maleza que crecía salvaje. Estaba buscando la protección del recóndito lugar que había encontrado, ese escondite que nadie más conocía.

Había un risco escarpado donde el bosque acababa, al otro lado del camino. Hacía dos años, Talia había encontrado un lugar en el que algo había hecho surgir una especie de cueva superficial por debajo de las raíces protuberantes de un árbol que crecía en el mismo borde del risco. Ella lo había cubierto con paja y mantas viejas; allí guardaba otros dos libros. Había

pasado en su interior muchas de las horas que tenía que haber dedicado a sus tareas, soñando despierta, invisible para todos mientras permaneciera allí quieta. En ese momento necesitaba su santuario. Subió hasta el borde del risco y se deslizó en su interior. Se enterró entre las mantas y lloró ruidosamente, exhausta y con el tobillo magullado, con los nervios a flor de piel y los sentidos en tensión ante el mínimo sonido.

A pesar de la profundidad de su tristeza, sabía que tenía que permanecer alerta para oír a sus perseguidores. Antes de que hubiese pasado mucho tiempo, empezó a oír a algunos de los criados, que gritaban su nombre. Cuando estuvieron lo bastante cerca, sofocó los sollozos entre las mantas y siguió llorando en silencio, mientras, atemorizada, trataba de oír cualquier cosa que indicara que había sido descubierta. Una docena de veces pensó que habían encontrado rastros de su paso, pero parecía que no era así. Finalmente se fueron y pudo seguir llorando con libertad.

Envuelta en completa tristeza, se acurrucó con las rodillas contra el pecho, meciéndose sin parar, y lloró hasta que sus ojos estuvieron demasiado secos y doloridos como para derramar una lágrima más. Se sentía adormilada, demasiado para pensar con propiedad. Cada posibilidad que se le ocurría le parecía peor que la anterior. En caso de volver y pedir disculpas, cualquier castigo que se le hubiera impuesto anteriormente parecería una bendición, comparado con el que, seguramente, Keldar estaría preparándole por su comportamiento indecoroso e insubordinado. Ella sería la encargada de decidirlo; y el de su padre llegaría a continuación. Cualquier marido que Keldar escogiera sería horrible. Le pondrían grilletes a algún

viejo chocho y baboso para que la manoseara por la noche y ella le hiciera de niñera durante el día, o bien la entregarían a un hombre joven y bruto, a uno cruel de verdad, convenientemente aleccionado para acabar con su conducta indecorosa. Lo más probable es que Keldar escogiera a uno tan sádico como Justus, su hermano mayor. Se estremeció al recordarlo de repente, de pie con el atizador ardiendo en una mano y una mirada de placer salvaje en la cara...

Se obligó a alejar el recuerdo rápidamente.

Pero incluso ese destino sería una experiencia agradable comparada con lo que le sucedería si decidía ofrecerse como sierva del templo. Las Siervas de la Diosa tenían incluso menos libertad y más obligaciones que sus criadas. Vivían y morían sin llegar a salir del pasillo del claustro que les estaba asignado. Y en cualquier caso, independientemente del futuro que escogieran para ella, la lectura, su válvula de escape, sería prohibida. Keldar se encargaría de que no volviera a ver un libro nunca más.

Por un momento contempló la posibilidad de escaparse, de huir definitivamente de la alquería y de los feudatarios. Entonces le vinieron a la memoria los rostros de los trabajadores del campo que había visto en Ferialquiladas; demacrados, hambrientos, desesperados por que alguien los llevara a un feudo. Y nunca había visto a una mujer entre ellos. Los «cuentos tontos» que había leído dejaban una cosa muy clara: la vida de un vagabundo era peligrosa y a veces funesta para aquellos que no estaban preparados, para los indefensos. ¿Qué preparación tenía ella? Tenía la ropa que llevaba puesta, las mantas andrajosas y nada más. ¿Cómo

podría defenderse? Nunca le habían enseñado a utilizar un cuchillo. Sería una presa fácil.

Ojalá se tratara de un cuento...

«Una voz desconocida pronunció su nombre... una voz llena de autoridad tranquila, y se sorprendió respondiéndola, trepando fuera de su escondite casi en contra de su voluntad. Y allí, ante ella, esperando en la cima del risco...

Una mujer heraldo; resplandeciente y orgullosa con su color blanco y su Compañero, un fantasma blanco como la nieve, con las crines y la cola mecidas por la suave brisa como más delicada de las sedas. La luz del sol formaba una aureola en torno a ellos que parecía santificarlos, como si parecieran más que mortales. Para Talia fue como si la estatua de la Señora hubiera cobrado vida; fuerte y orgullosa, ni dócil ni sumisa. Por detrás de la mujer heraldo, con aspecto estúpido y avergonzado, estaban Keldar y su padre.

—¿Tú eres Talia? —preguntó la mujer heraldo, y ella asintió con la cabeza.

Esbozó una sonrisa que la deslumbró; era como la aparición repentina del sol después de la lluvia.

—¡Bendita sea la Señora por conducirnos hasta aquí! —exclamó—. Hemos pasado muchos meses buscándote en vano. No teníamos nada salvo tu nombre...

—¿Se refiere a mí? —preguntó Talia, exaltada—. Pero, ¿por qué?

—Para convertirte en una de nosotros, hermanita —replicó la otra, mientras Keldar se encogía y su padre estudiaba las

puntas de sus zapatos—. Vas a ser una mujer heraldo, Talia. Los mismos dioses lo han decretado. Mira... allá a lo lejos viene tu Compañera...

Miró hacia donde le indicaba la mujer heraldo, y vio una yegua blanca y elegante, de cuello largo y arqueado y mirada astuta, que se dirigía hacia ella. La Compañera estaba enjaezada con diminutas campanas azules y plateadas que colgaban de sus riendas y de su brida. Por detrás de la bestia, a una distancia respetable, llegaban todos sus hermanos y hermanas, el resto de las esposas, y todos los criados del feudo.

Con un grito de alegría, corrió para reunirse con la yegua, y entonces la mujer heraldo la ayudó a montarse a lomos de la Compañera, mientras los criados del feudo lanzaban vítores, sus hermanos y hermanas la miraban fijamente con respeto apesadumbrado, y Keldar y su padre la observaban con evidente temor, pensando, como es obvio, en todos los castigos que le habían impuesto y esperando para ellos un trato idéntico ahora que ella era la que tenía el poder...».

El sonido de unos cascos en la carretera le hizo salir de sus ensoñaciones desesperadas. Durante un momento de pánico pensó que era otro de los que andaban buscándola, pero después se dio cuenta de que los caballos de su padre no hacían ese ruido. Aquellos cascos repiqueteaban como campanas sobre la dura superficie. Cuando el sonido estuvo más cerca, se le unió otro; el de unas campanas de verdad, campanillas de bridas. Solo un tipo de caballo llevaba campanillas de brida

todos los días, y no solo en los de fiesta: el corcel mágico de las leyendas, el Compañero de un heraldo.

Talia nunca había visto un heraldo de verdad, aunque siempre estaba soñando despierta con ellos. La idea de que por fin iba a ver uno de sus sueños hecho realidad le hizo salir de su fantasía y acabó con sus lágrimas. La distracción era demasiado tentadora como para intentar resistirse. Al menos por un momento, podría olvidarse de todos sus problemas y su desesperada posición, y podría llevarse un poquito de magia consigo, y atesorarlo para siempre. Se asomó por su cueva, estirándose todo lo que pudo, sin pensar en nada más que en echar una ojeada y... se asomó demasiado.

Perdió el equilibrio y sus manos se agitaron, incapaces de agarrarse a nada salvo el aire. Cayó rodando por el risco y se golpeó dolorosamente con las raíces y las rocas. El viento hizo que perdiera el conocimiento antes de llegar a la mitad del camino, y ninguna de las cosas con las que chocó pareció frenar su descenso. Fue completamente incapaz de parar su caída y aterrizó sobre la dura superficie del camino, con una fuerza que hizo que viera las estrellas y se quedara casi sin sentido.

Cuando se retiró la sombra gris que le nublabla la visión y pudo respirar de nuevo, se encontró tumbada boca abajo sobre el camino. Tenía las manos arañadas, los costados magullados, las rodillas llenas de gravilla y los ojos llenos de tierra. Al volver la cabeza hacia un lado y quitarse las lágrimas con un parpadeo, descubrió que cuatro pezuñas de plata estaban observándola atentamente.

Emitió un jadeo ahogado y, con un gran esfuerzo, se puso en pie. Mirándola con gran curiosidad había un..., en fin, en cierto modo el Compañero de un heraldo era lo que uno llamaría un

«caballo». Pero superaba a los caballos de la misma manera que las panteras superan a los gatos callejeros, o los ángeles a los hombres. Talia había leído y oído muchas descripciones de Compañeros, pero no estaba preparada en absoluto para la realidad.

Los Compañeros, aunque marcharan sin jinetes, iban ataviados de una manera totalmente formal, con los arreos plata y azul cielo, y las riendas engalanadas con las campanillas de plata. Ningún caballo de los que ella conocía tenía esa esbeltez, ni esa gracia muscular, ni podía imitar la manera que tenía este de moverse como si volara, sin dar un solo paso. Era blanco — los Compañeros siempre eran blancos—, pero no había nada sobre la faz de la tierra que pudiera equipararse a ese blanco resplandeciente, vivo y radiante. Y sus ojos...

Cuando finalmente Talia tuvo el coraje de mirar a esos ojos color zafiro, perdió toda percepción del mundo...

Estaba perdida en un azul más inmenso que un mar y más oscuro que el cielo y lleno de recibimiento tan sincero que no dejaba lugar a dudas.

Sí... Por fin... Tú. Te escojo a ti. ¡Tras recorrer todo el mundo, después de toda búsqueda, te he encontrado, hermanita de mi corazón! Tú eres mía y yo soy tuyo... y nunca más volveremos a sentir la soledad...

Fue un sentimiento más que palabras; una conmoción y un deleite. Un júbilo entrecortado tan profundo que fue casi doloroso; una unión; una pérdida y un hallazgo; una liberación y una atadura. Vuelo y libertad. El amor y la aceptación están

por encima de cualquier palabra que pueda hablar sobre ellos; y ella correspondió a ese amor con toda su alma.

Ahora olvida, pequeña. Olvida hasta que estés preparada para recordar de nuevo.

Parpadeando, volvió en sí con la sensación de que había sucedido algo extraordinario, aunque no recordaba el qué. Sacudió la cabeza —*había sido..., era...*—, pero lo ocurrido, fuera lo que fuese, había desaparecido de su memoria, aunque tenía la extraña sensación de que podía volver cuando menos lo esperara. Pero entonces un hocico suave golpeó su pecho, y el Compañero le dirigió un amable relincho.

Fue como si alguien estuviera abrazándola amorosamente, y la impulsara a soltar toda su desdicha a gritos. Le rodeó el cuello con los brazos y lloró sin control entre las sedosas crines de la criatura. El sentimiento de estar siendo abrazada y reconfortada se intensificó en el mismo momento en que él la tocó, y se perdió en esa sensación desconocida pero agradable. A diferencia del llanto solitario en su cueva, esta sesión de llanto le proporcionó paz, y al cabo de poco tiempo fue capaz de secarse las lágrimas con un pedacito de su túnica y volver a fijarse en su entorno.

Se soltó del cuello del animal con reticencia, y pasó otro largo rato mirándolo. Durante un momento de locura, estuvo tentada de montarse de un salto en la silla vacía. Tuvo una visión de sí misma en la que huía a caballo y se marchaba muy lejos; a cualquier parte, siempre que no fuera allí, y estuviera con él. La tentación fue tan grande que le hizo temblar.

Después el sentido práctico ganó terreno. ¿Adónde podía ir? Y además...

—Te has escapado de alguien, ¿no es así? —le dijo dulcemente al Compañero, que resopló mirando el chaleco de ella como respuesta—. Yo no puedo tenerte, solo puedes pertenecerle a un heraldo. Tendré que... —Tragó saliva. Tenía un nudo enorme en la garganta y las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo ante la idea de marcharse con él. Nunca antes en su corta vida había querido tanto como quería... ser... ¡ser suya y que él fuera de ella!—. Tendré que devolverte a quién pertenezcas.

Entonces se le ocurrió otra idea y, por primera vez en aquella tarde, la esperanza la iluminó por un momento y vio una manera de salir del dilema.

—Puede... puede que me lo agradezcan. Puede que me dejen trabajar para ellos. Tienen que necesitar a alguien que cocine, cosa y haga ese tipo de cosas. Podría trabajar para los heraldos. —Los ojos azul claro parecieron mostrarse de acuerdo en que era una buena idea—. Tienen que ser más agradables que Keldar. Son tan amables y sabios en todos los cuentos... Apuesto a que me dejarían leer cuando no estuviera trabajando. Y podría ver a los heraldos siempre... —Las lágrimas se agolpaban de nuevo en su garganta—. Y puede que me permitieran verte de vez en cuando.

El Compañero resopló de nuevo, alargó el cuello, la empujó con su hocico de terciopelo hacia la silla y la colocó para que se montara.

—¿Yo? —preguntó—. No puedo... —Pero entonces comprendió la realidad de lo que era. Estaba muy bien soñar que

saltaba sobre su lomo; pero pensar, fría y seriamente, que ella, sucia y vulgar, podía montarse en la silla de un Compañero, la dejaba aturrida.

Los ojos enormes y de intenso color azul la miraron con una muestra de impaciencia. La bestia dio un golpe de casco con cierto apremio y agitó sus crines ante ella. Con su comportamiento, estaba diciendo tan claramente como si estuviera dando un discurso que pensaba que sus escrúpulos eran ridículos. Al fin y al cabo, ¿quién iba a verla? Y, ahora que lo pensaba un poco, era bastante posible que procediera de un lugar remoto; si ella insistía en ir caminando, era posible que el animal decidiera marcharse para siempre.

—¿Estás seguro de que no te molesta? ¿Esto está bien?
—Habló tímidamente, sin reparar en la incongruencia de pedir consejo a un caballo.

El animal sacudió la cabeza con impaciencia y las campanas de las bridas tintinearón. No cabía la menor duda de que sentía que ella estaba siendo excesivamente remilgada.

—Tienes razón —dijo con una determinación repentina, y montó.

Talía sabía montar. Aprovechaba cada oportunidad que podía para hacerlo, y en ocasiones montaba a escondidas. Había montado todos los caballos capaces de soportar su peso, por terrenos accidentados o no, con silla o sin ella. Era la mayor de los pequeños del feudo y, por lo tanto, la única a la que consideraban lo suficientemente responsable como para enviar mensajes a otros señores o a la aldea a por recados. Normalmente montaba a caballo con permiso al

menos una vez a la semana, y a hurtadillas unas tres o cuatro veces.

Pero montar a un Compañero no era como lo que conocía. Su paso era tan suave que hasta un niño realmente pequeño habría podido permanecer en su montura sin caerse, y de no haber estado con los ojos abiertos, ella habría pensado que estaban caminando al paso. A las bestias de su padre había que atizarlas constantemente con la fusta para que se mantuvieran al trote; pero el Compañero se puso a galopar por voluntad propia, más veloz que ninguna otra montura que ella hubiese conocido. El aire fluía agradablemente por delante de ella como el agua del río y le retiraba el pelo de la cara. La embriaguez de la sensación borró de su mente todos los demás pensamientos. Fue como si el viento que pasaba por delante de ellos a toda prisa hubiera arrasado con su infelicidad y la hubiera dejado atrás, tendida en el centro del camino.

Si era una ilusión, esperaba morir en medio de ella y no tener que volver a despertar al mundo gris.